

LAS INFANTAS DE CASTILLA

La Señora Reina

Dios me lo dió. El me lo ha quitado. ¡Bendito sea su Santo nombre!, había dicho Isabel de Castilla cuando recibió la infausta nueva de la muerte del Príncipe D. Juan, galardón y esperanza de las Españas. Pero ahora, en la suave dulzura de la tarde de mayo, mientras las campanas de todas las iglesias de Toledo repicaban, y rodeada de sus damas, vestidas de terciopelo carmesí, adornadas con ricas pieles de armiño y marta y enjoyadas de pesadas cadenas de oro, esperaba sentada en alto sitial, en inmensa sala, colgada de suntuosos tapices y pesados paños de damasco festoneado de oro, la Reina sentía saltar, angustiado, su pobre corazón, como un misero pajarillo refugiado ante la tormenta que asolara la llanura bajo los aleros del castillo de su villa de Medina del Campo.

Pese a su serenidad, pese a la férrea voluntad de que tantas veces diera pruebas, ella, que siempre mostrárase sin temor ni tacha, temblaba. Sus ojos azules, pálidos, apagados por tantas lágrimas como de ellos corrieron, miraban de vez en cuando, al través del gran ventanal, la ciudad magnífica, que destacábase en la transparencia infinita de la atmósfera con la clara nitidez de esas ciudades de diamante que veía en las miniadas páginas de su *Libro de Horas*. Alguna vez dirigía unas palabras a Doña Juana de Aragón, hija bastarda del Rey, admitida hacía mucho en la Corte, o a la marquesa de Moya, su fiel amiga.

Hubiera querido salir al encuentro de los Infantes, pero no ignoraba que una vez más habría de hallar sostén en la dignidad real; y si bien ya no tenía fuerzas para engalanarse con albos briaes bordados de perlas, ni con rojos mantos de terciopelo recamados de oro y pedrerías, igual en la austera dignidad de sus vestiduras de paño sabía conservar el gesto que rimaba bien con las pompas que era ley rodeasen a la Reina de Castilla.

Supo siempre ser austera y fuerte, humilde y magnífica; rechazó afeites, porque aún guardaba el asco de la Corte de su hermano Enrique, de las damas livianas, casquivanas y sin sustancia que vinieron con la Riena Doña Juana; pero usó, cuando era menester, con discreción, aunque sin tañer, de galas y preseas. Estrecha de conciencia, y aun tal vez mortificada de espirituales escrúpulos, no vaciló en hacer frente al Papa cuando de su soberanía y del bien de sus reinos se trataba. Amó al Rey, su Señor, pero con calma y buen decir, que eran finos terciopelos sobre templado acero toledano; dióle a entender que era ella la Reina de Castilla,

y Fernando, sutil, sagaz y dúctil, tuvo por sabido de una vez para siempre.

Pero los tiempos habían pasado, en que igual montaba a caballo en plena noche, bajo una lluvia torrencial, para partirse a Simancas a hacer justicia contra Don Fadrique Enríquez, que vestida ricamente de brocado de oro hacía su en-

Sonaban las trompetas, repicaban las campanas; a las puertas de la ciudad el Rey cabalgaba, entre el embajador de Francia y el de la República de Venecia, al encuentro de los Archiduques, Príncipes de Namur, de Brabante, de Noterland, de Holanda, de Zelanda, del Luxemburgo... Y la madre pensaba con te-

sultado con sus confesores, con el buen Talavera y con el férreo y áspero franciscano Fray Francisco Jiménez de Cisneros; había llegado a enviar a Flandes al prior de Santa Cruz.

Los gritos de los judíos que ardían en las hogueras de la Inquisición; las largas carávanas de moriscos e israelitas que agonizaban arrastrándose por los caminos polvorientos; las duras justicias que su fe le imponía, reaparecían ante ella y sentía miedo.

Llegaba el cortejo; los pajes, los halconeros, los alcaldes, los jueces reales, los capitanes, los nobles, vestidos de satén brochado de oro, de terciopelo bordado, de finos paños... El cardenal primado, el duque de Medina-Sidonia, el almirante de Castilla, el duque de Nájera...

Las puertas se abrieron, y ante Isabel primera de Castilla aparecieron Doña Juana y su esposo el archiduque D. Felipe.

La balada de los - cinco Infantes -

La primera que se fué hacia un reino de ensueño y maravilla fué Isabel. Era dulce, bella y buena, y Portugal acogióla con fiestas y zambras en que se desbordó loca alegría. Para la dulce niña era la dicha y el amor; para la gran Reina, la realización de un ideal de paz, que borrara para siempre las querellas con el reino vecino.

Todo sonreía; todo era júbilo y luz. ¡Seis meses después, viuda por culpa de un accidente de equitación, la Princesa volvía a su Castilla, cubierta de negras tocas de luto. Años luego tornaría a Portugal; pero no sería ya la dulce virgen que iba a un jardín de amor, sino la mujer bíblica, implacable y fuerte, que en vez de perlas y diamantes, llevaría en su canastilla nupcial un edicto de persecución contra el pueblo maldito.

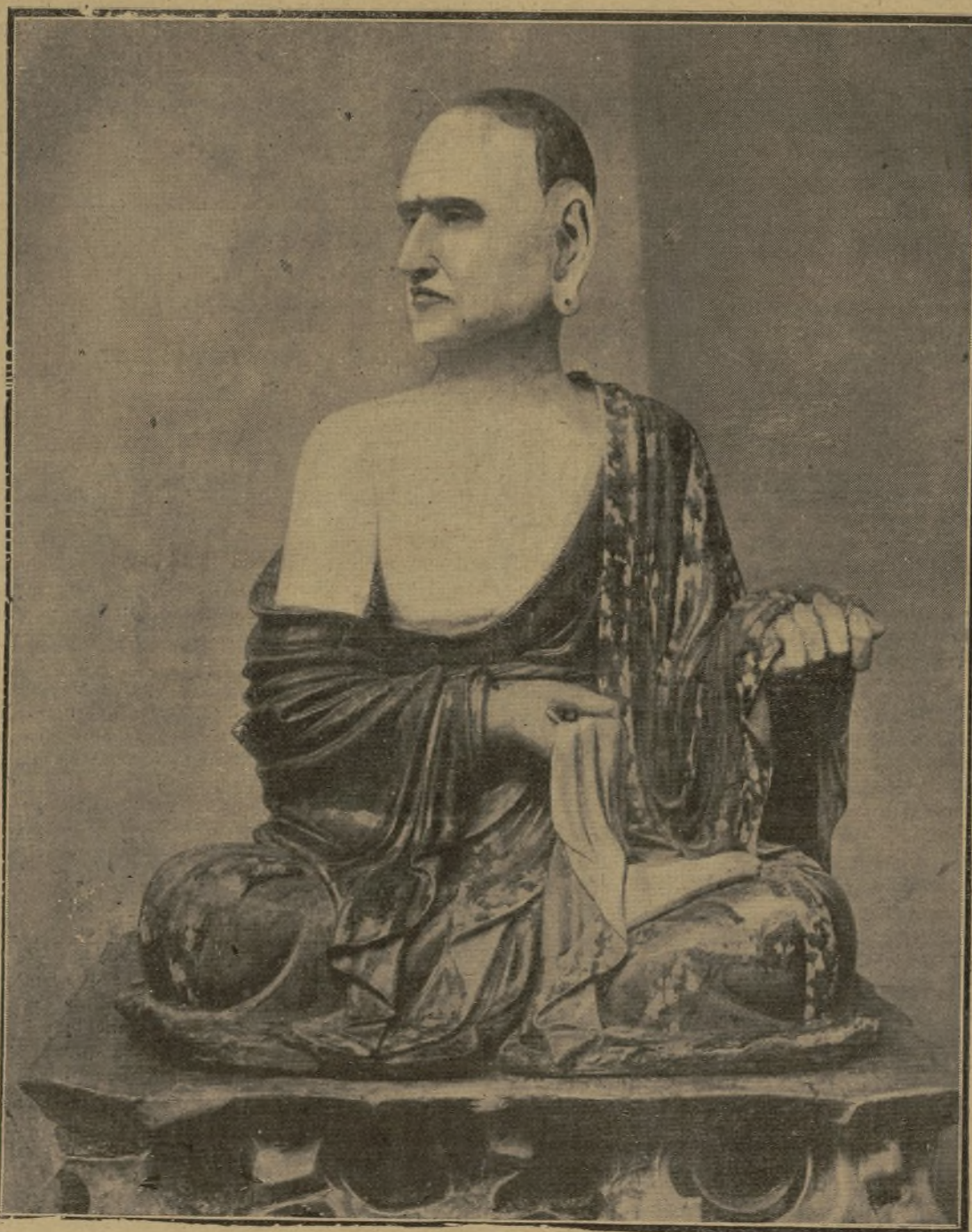
Después fué Doña Juana la que se partió en una nave hacia un pueblo lejano, donde vivían la herejía y el amor.

Partióse luego Catalina, aquella para quien el Destino escribiera en su libro oscuros páginas de horror. Catalina, la noble Infanta de Castilla, tras la muerte de Arturo, Príncipe de Gales, había de llegar a ser la infortunada Catalina de Aragón, esposa del feroz Enrique VIII, causante inocente de un cisma.

A cambio de las Princesas que marcharon a luengas tierras, vino a España, para ceñir sus sienes, que habían estado ya en punto de sostener la de Francia, con la corona de San Fernando, la Princesa Margarita.

Todo era dicha aún para la gran Reina. El Príncipe Don Juan lucía apuesto, sabio, bueno y galán; las Infantas serían Reinas en el Portugal, Inglaterra y Flandes, y tal vez esta última, Empera-

JOYAS DEL ARTE ANTIGUO



NOTABILISIMA ESTATUA CHINA, DE ARCILLA POLICROMADA, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE NUEVA YORK Y A LA QUE SE ATRIBUYE UNA ANTICUIDAD DE NUEVE MIL AÑOS

trada procesional en Sevilla, o subía los viernes al trono para, como una soberana de leyenda, administrar justicia. El Destino había sido cruel con ella, y las palabras de Job tuvieron que florecer muchas veces como un salmo doloroso en sus labios. Dios había permitido hacer uno de los imperios más grandes y fuertes de la tierra; pero al mismo tiempo, como si quisiese mostrarle la liviandad de las cosas humanas, dejaba indecisa la suerte de aquellos vastos estados.

mór en la hija; la Reina, en el destino de sus reinos.

Cuando Juana partió para su viaje nupcial, su actitud fué extraña, despegada con su madre, casi hostil. Decíase que amaba a su esposo con raros trasportes, más que de sierva cristiana, de embrujada hembra; decíase que extrañas ideas filosóficas, postulados heréticos, habían anidado en su alma; decíase que una Biblia salida de las imprentas flamencas estaba entre sus manos. Isabel había con-

triz. Pero la Fatalidad había trazado su cruz sobre las puertas de los Infantes de Castilla. El primero en perder el gobierno de su nave fué Don Juan. ¡La esperanza de España yació en una tumba en Avila!... Doña Isabel, Doña Catalina, Doña Juana, tristes Infantas de leyenda, que tras los dramas que vivieron, sentadas en sus tronos bajo los dorados artesonados de los palacios, habían de vivir también, ellas, hijas de la Reina Católica, tenebrosos dramas de conciencias! ¡Sombras pálidas, de gestos sonámbulos y fatales, que vagasteis por los senderos del jardín de Hécate, vuestras suertes son como una balada!

La vocación de Rey y la locura de amor

En Arévalo, donde hallábase incidentalmente, recibió la Reina el mensaje de Don Juan de Fonseca, arzobispo de Burgos, participándole la nueva fatal; la señora Infanta, duquesa de Borgoña, Doña Juana, a raíz de una misiva del esposo ingrato que la abandonara próxima a ser madre marchando a Flandes, había sufrido un acceso de furor y desesperación, pretendiendo seguirle sin desmayo; y saliendo sin compostura ni recato, ordenaba insistentemente al alcaide del castillo de Medina del Campo, D. Juan de Córdoba, que bajase los puentes levadizos dándole paso franco.

La Reina Isabel púsose en camino. Habían pasado ya los tiempos de las largas cabalgadas al través de sus reinos. Años, fatigas, penas, achaques y trabajos fueron minando los resortes de su salud; pero aún restaba íntegra la voluntad e hizo llevar en litera.

Llegó, pues, a la noble villa, y si su corazón de madre sangró de dolor, su corazón de Reina tembló de angustia. Medio desnuda, desmelenada, desorbitados los ojos y crispadas las facciones, la futura Reina de Castilla, de Aragón, de León, de Valencia, de Granada y de Flandes, forcejeaba como una loca cogida a los barrotes de la verja.

Grave y dolorosa, la Reina la llevó consigo. Desde lo alto de la torre del castillo de la Mota, donde ella antaño hilara su lino e hilara también la grandeza de Castilla, mostraba la llanura.

—Eso es Castilla. Tras esas tierras hay otras tierras, ciudades y castillos... Y luego, aún otras tierras y otras ciudades y castillos, y aun otros después, y más allá hay mares y están las Indias, donde se da el oro y las perlas. Dios nos ha elegido, y su voluntad ha de cumplirse, porque es siempre más fuerte que la meneguada voluntad de los hombres. Y la voluntad de Dios es que seas la Reina de Castilla... ¿Oyes, mi hija?

La figura adusta y grave, el ademán noble y resuelto, la color terrosa como de los internos males, el vestir sencillo, la Católica hablaba.

Torvos, los ojos de la Infanta tenían en la máscara demacrada de marfil un brillo cobarde y huyente, como los de las alimañas feroces.

La madre prosiguió:

—Siempre hay que cumplir la voluntad de Dios, que acatar sus sentencias e inclinarse ante sus santas órdenes. Pero si su bondad nos ha elegido para un gran destino, mucho más... ¿Oyes, mi hija?... No hay nada más grande ni más bello que reinar. Ser Rey es ser mandatario y cumplidor de la voluntad de Dios sobre la tierra, es acercarse un poco a El.

Doña Juana habíase desasido de la mano de su madre, y apoyada en una almohada, en vez de mirar el paisaje, volvía los ojos hacia sí. Al fin murmuró, tembrosa, confusa e incierta:

—¡No sé!... ¡No quiero saber nada!... ¡Quiero irme con él!... ¡Nadie sabe amar como amo yo!

Por una sola vez en Isabel de Castilla

habló la mujer. Los dolores de su corazón ante las traiciones amorosas de Don Fernando de Aragón, sus celos, sus inquietudes, todos aquellos femeniles sentimientos que con recia voluntad ahogara, hablaban en ella. Amor, amor propio, dolor de humillación le impelían a callar. Una vez más hizo el sacrificio de sí misma en aras de su misión. Los últimos escrúpulos de la mujer cayeron; en voz muy baja, con confusión de vergüenza, habló:

—¡Hija, mi hija, también mi Rey y Señor faltó!... También yo sufrí; pero había otras cosas...

Juana se encogió de hombros.

—¡Cuando hay otras cosas, es que no se ama!

Isabel vaciló; su recia voluntad flaqueaba. Toda su existencia había sido un prodigioso esfuerzo para reinar. ¡Dios y la grandeza de sus reinos!... Amor humano, amistad, hijos, placeres, gustos... hasta su tumba; todo había sido inmolado al noble holocausto, y ahora... Aún gimió:

—¡Hija, mi hija, repórtate!... No es de cristianos ni de Reyes...

Doña Juana pareció irritarse nuevamente.

—¡Dejadme!... ¡Nada quiero saber!... ¡Qué me importa ni Dios, ni reinar, ni vuestra Castilla!... ¡Dejadme, sí!

Había caído al suelo, y, acurrucada, gemía como una bestia herida.

En pie, la Reina santiguóse. Luego comenzó a rezar.

El destino de Castilla

Desde lo alto de la torre, la Reina la dijo adiós. Fría, hermética, insensible e indiferente a todo lo que no fuese la

marcha, Doña Juana apenas despidióse. Las caricias y el dolor de su madre dejáronla glacial; la voluntad y el deseo tendido hacia un fin, pensaba en su amor, aquel amor más fuerte que la ambición, que el tiempo y la distancia, y que había de ser más fuerte que la muerte.

Prematura vejez y dolores físicos impedían a Isabel de Castilla acompañar a su hija hasta el puerto, como hiciera antaño en el triunfal viaje de ida hacia el amor y la gloria. Además, ¿para qué? La Reina sabía, y aquel secreto era ya el último dolor que cabía en el áureo cáliz cincelado de su vida.

Atardecía; aunque no entrado junio, para evitar el sol castellano viajaba el cortejo en el crepúsculo y el amanecer.

Doña Isabel vio marchar. Una paz infinita envolvía todas las cosas; el cielo se esmaltaba de cobalto y peregrinas constelaciones trazaban caminos de diamantes.

«¡Castilla! ¡Castilla!», reprochó la Soberana. Desde muy moza había dado su vida, día por día; había ido en un esfuerzo paciente, construyendo el mosaico portentoso. Veíalo ahora, bajo la bóveda azul tachonada de oro, como uno de aquellos ingenuos y fastuosos mapas que los frailes sabios, astrónomos y navegantes pintaban en las páginas de los enormes infolios... ¿Y luego?...

Por un momento, ante el azar adverso, la gran Reina dobló la cabeza; pero presto alzóla. Sólo la fe salva; sólo la fe hace grandes los pueblos y los hombres. Dios dispondría. En el arcano del futuro estaba quien había de seguir la historia gloriosa de Castilla.

Antonio de HOYOS Y VINENT

LA ÚLTIMA PÁGINA

ELLA lo comprendía muy bien. Pero el amor no se explica, y estaba enamorada. Enamorada como una loca.

No era guapo, ni elegante, ni tenía mundo, ni dinero, ni facultades para ganarlo, ni ganas de trabajar. Porque otros escritores hay que saben buscarse la vida, de periodistas, o haciendo cuplés, o novelas verdes, o comedias cándidas, y algunos hasta llegar a ricos. Podía también haberse dedicado a la literatura improductiva, tan de su gusto; pero a condición de aceptar un empleo cualquiera que le diese de comer. En todo caso, y puesto que ella estaba ciega por él, ¿por qué no arrostraba la miseria heroica que su novia compartiría, no ya con resignación, con entusiasmo? O, en último término, ¿por qué no la dejaba de una vez, con el consuelo al menos de sentirse víctima del amor ingrato, abandonada a la solícita compasión de sus amigos? Todo antes que aquella espera sin término en que ya empezaba a agotarse una belleza, ilusión de sus padres y acicate de ajenas envidias. ¡Y pensar que por semejante tipo había desafiado el cortejo de un marqués, la segura proporción de un hacendado y—si con el diablo, en coche—las insinuaciones de cierto caballero riquísimo, a quien sus creencias religiosas y patrio arraigo vedaban divorciarse de la mujer propia, fugada con un pícaro!

No tenía explicación.

Los amigos de él tampoco acertaban con la razón práctica, ni mucho menos sentimental del amorío en que poco a poco se anonadaba complacido. Guapa lo era, sí; pero nada más. Y aun su belleza, aparatosa, de concurso de revista ilustrada, no tenía esa expresión particular de los ojos, de la boca, de la nariz, del hoyuelo, del ricillo, que tantas veces denota en la fea el atractivo de

una sensualidad irresistible. Correcta, fría, sosa, en modo alguno se podía decir, por otra parte, que casarse con ella fuera un matrimonio de conveniencia.

Se querían. ¿Por qué?

¡Por qué!... La primera vez que él se lo preguntó, poniéndole ante los ojos los mismos motivos en contra que sus amigas solían insinuarle, malévolas, no supo qué contestar. «¡Ay, qué pregunta! Por qué, por qué... ¡Vaya, ea, porque sí!» ¿Por qué la quería él?

Pero él la quería por tantas cosas, y se las fué diciendo una por una tan seguido, con tales inflexiones de voz, tal juego de ojos, ora entornados, ora encendidos, ya vagos o fijos en los suyos, tal suavísima presión en las manos que le tenía cogidas, por donde le comunicaba no sé qué delicioso effluvio, que le pareció como si todos los placeres que hasta entonces le había sido dado sentir—la contemplación de las estrellas, el Sueño de Manón, por Anselmi; el tango argentino, las películas de Tom Moor—se fundieran en inefable deliquio. Quiso el azar que aquella noche la vecina del segundo—robusta maestra, prematuramente retirada del camino de la gloria de las tiples ligeras por imposición de su marido, celoso—diérase a cantar, como acostumbraba, para emulación del patio. Y la enamorada, interrumpida en la tierna epístola a su galán, quedóse con la pluma en suspenso, arrobada por el aria de Mozart, cuyos ecos llegaban por el balcón, mezclados con vapores de aceite frito, que adensaban la caligine veraniega:

“Voi che sapete
ché cosa è Amor,
donne vedete
s'io l'ho nel cor.”

Si lo que ella tenía en el corazón era amor, fantasma hechicero, apenas entre-

visto en novelas y confidencias de amigas felices, aquello era amor

“Y algo más también
difícil de decir,
y algo más también
que se pueden presumir.”

La canallería del cuplé cocinero parecía conferir evidencia a la ilusión que le tornaba el ánimo. La vida entera participaba en aquel amoroso sentimiento, que su novio traducía a la misma hora, relejendo a solas versos de D'Annunzio:

“Todas las cosas
puras e impuras,
para mi deseo.”

Y el mundo sentenciaba:

“Los amantes de Teruel.
Tonta ella y tonto él.”

No podía justificarse. Se reiría la gente. Un día se sinceró, sin embargo. Fué un arranque de valor impremeditado. Con su madre hubiera sabido defenderse. Su padre la cogió de sorpresa. Hasta entonces había manifestado su disgusto aparentando ignorar el noviazgo. Y de improviso, sin darle tiempo a la evasiva, solicitaba imperiosamente una declaración de propósitos.

—Es escritor. Muy bien. Allá él y allá tú. Escritor. Pero ¿qué escribe?

Ella contestó sin reparo:

—Está escribiendo el Libro de la Felicidad.

Su padre se encogió de hombros, frunció el ceño, profirió un juramento y se marchó, dando un portazo.

¡El Libro de la Felicidad!

No; no era el tantas veces escrito ya por cuantos enamorados mienten falaces promesas. Sino un diario en que se hacía cuenta detallada de todas las minucias, imperceptibles para el desatento, que cobraban por obra del amor la sutilísima expresión que las hacía perdurables en el recuerdo. Como si un dulce veneno fuese excitando paulatinamente la capacidad de sus cinco sentidos, veía en las cosas livianas insospechados matices, acertaba a oír en el tráfago cotidiano raros acordes, aspiraba en el ambiente vulgar recónditos aromas, paladeaba en el simple alimento gustosidades de golosina, sentía con las manos el alma de las cosas. Y aún parecía como si un sexto sentido espiritual, que todos los corporales armonizaba, le prestase la suprema clarividencia, la razón de su sentir.

¡El se lo explicaba todo tan bien! ¡Y con tanta poesía! Poesía que nada tenía que ver con que las palabras pegasen en verso. El Libro de la Felicidad estaba en prosa. Decía toda la verdad. ¿Toda la verdad?

Toda, sí; toda la verdad de cada día. Pero ¿por qué la perseguía aquel pensamiento? ¡Fuera cavilaciones! ¡A dormir y hasta mañana! ¿Por qué no se dormía? ¡Si estaría dormida y sería una pesadilla!... Toda la verdad, lo que se dice toda la verdad... Bueno, faltaba la verdad de mañana. ¡Mañana! Siempre mañana. Luego el Libro de la Felicidad no se acababa nunca. ¿Qué más felicidad?

El no supo qué decir cuando tal sueño oyó. ¿No lo habría soñado despierta?

—No. Ha sido sueño. No pensaba, veía. Veía un escaparate, y en medio un solo libro, con letras de oro. ¿Con letras de oro o con letras de fuego? Es lo mismo. Con letras que decían: «Libro de la Felicidad». Todo el mundo lo quería comprar; pero no tenía precio. Entonces iba el Gobierno y lo adquiría para la Biblioteca Nacional. Nosotros éramos muy felices, teníamos auto... ¡Qué tonterías! No es que yo crea en sueños, pero se me ha ocurrido que... Oye, di, ¿por qué no lo acabas ya? ¡Tengo unas ganas de volver la última página!

No hubo más. Allí acabó todo.

En la última página sólo escribió una palabra irrevocable: Fin.

C. RIVAS CHERIF

LA EDUCACIÓN FEMINISTA

La figura de la condesa de San Luis, que ya antes de ostentar el glorioso título que hizo célebre el culto ministro del reinado de Doña Isabel II, despertaba todas las admiraciones del buen pueblo madrileño al pasar—al lado de su padre el conde de Balazote—muellemente reclinada en los cojines de la carretela a la *Grand d'Aumont* por las alamedas de la corte, ha sido durante mucho tiempopreciado florón de los salones aristocráticos; no ha habido fiesta mundana en que su belleza rubia no se destacara con el suave encanto de un retrato de Largillière; ha llevado como nadie el cetro de la elegancia, y en torno suyo, atraídos, más aún que por el imán de la hermosura, por la sugestión del ingenio, hombres eminentes formaron una corte digna de una de aquellas damas que fueron en la Francia monárquica y en la Francia revolucionaria verdaderas reinas de los salones.

De repente, un buen día, la condesa de San Luis anuncia una conferencia; una *plática cuaresmal*—según modestamente la titula—, leída por ella en una fiesta inolvidable del teatro de la Princesa.

¿Qué ha podido motivar esta súbita decisión de la dama aristocrática? Desde el salón mundano, con su mundo frívolo y banal, a la tribuna pública, con su auditorio atento y no ciertamente benévolo, la distancia es enorme.

Es tan brusco el cambio, en efecto, que ella misma se asombra, y para explicarlo nos cuenta en su primera conferencia la siguiente anécdota:

Preguntado cierto Dux de Venecia acerca de lo que más le había admirado en la corte de Luis XIV, *lo que más me admira*—contestó—es verme en ella.

La conferencia tuvo un éxito, sin embargo, y aunque la estulticia y la envidia no dejaron de afilar sus armas, la condesa, alentada por los aplausos, afianzóse más en su terreno; continuó sus lecturas, que fueron en todo tiempo su afición favorita; cultivó el trato de los hombres de letras y siguió con avidez el curso de las cuestiones sociológicas, que desde el primer momento habían captado su atención.

—Mas ¿cuál ha sido—preguntábala el cronista días antes de su segunda conferencia—el motivo, la causa ocasional de ese cambio de postura?

—Usted—me contestó la condesa en un arranque de sinceridad—es un cronista mundano, y su galantería le impedirá decir ese motivo.

—¿Cuál es, pues?—interrogué de nuevo.
—Es—me dijo la condesa, con mal disimulada melancolía—que cuando se ha perdido juventud y belleza, no queda otro recurso que la inteligencia...

Mientras así hablaba, la rubia cabeza, destacándose en el fondo de las antiguas sederías del salón-biblioteca, desafiaba con su belleza noble y atractiva las suaves tonalidades de un pastel de Béjar, en que el malogrado artista la retrató en todo su esplendor, y era aquello un mentís a sus palabras; mas no quise o no hallé medio de expresar mi negativa, y sólo esbocé estas reflexiones:

—Pero es que no a todas las mujeres, al acercarse la hora trágica en que dejan de ser jóvenes y bellas, las es dado abismarse en ese refugio espiritual, por el que usted con tanto éxito ha penetrado.

La condesa de San Luis sonrió, no esperando, sin duda, del cronista mas que

una banal galantería: el tributo rendido a la belleza. Y el cronista pensaba que tenía razón el maestro Benavente al admirar el valor que ha demostrado lanzándose por la nueva senda. «Si que es valor, amiga mía; no es bastante haberse hecho perdonar su hermosura, y aún pretende usted que la perdonen el talento.»

Mas el talento se impone, y los que ayer lanzaban excomuniones contra la nueva conferencista, hoy, rendidos ante la magia de su palabra, juntan las manos en unánime aplauso.

Ella ha seguido el consejo de Hebbel: ha marchado tras de la *lucécita* que la atraía, pues, como dice el gran filósofo alemán: «¿Que te conduce al pantano?

de exponeros son ideas mías, que luego veréis confirmadas en Platón.» Ciertamente que ni Platón, ni Séneca, ni siquiera Pericles—a quien una mujer ayudó a bautizar un siglo—abonan mis palabras; pero la severa y activa campaña que país tan poco lírico como los Estados Unidos ha emprendido en el sentido de suprimir la prostitución, como de hecho lo está en Inglaterra, y evitar el bochornoso contagio que en la pasada guerra cruelmente azotó a todos los países, os demuestra claramente ser éste asunto que debiera ocupar la atención de políticos y gobernantes, con preferencia a rencillas de partido, problemas de jefaturas o escalamiento del Poder público.

Debo decir, sin embargo, que he leído



LA ILUSTRE CONFERENCIANTE SRA. CONDESA DE SAN LUIS

Ya saldrás de él. Pero si no la sigues, toda la vida te martirizará el pensamiento de que acaso podía ser tu *estrella*.

Y en todo caso, cuando, como en su conferencia del miércoles, ha expuesto sinceramente, valientemente, su opinión sobre lo que debe ser la *Educación feminista*, la quedará al menos la satisfacción—como dice su insigne prologuista—de haber dado más de cuatro aldobonazos, a riesgo de molestar a los tranquilos vecinos que estaban en el mejor de su sueño.

Para terminar, nada mejor que transcribir aquí algunos párrafos de su aplaudida conferencia. Dice así:

«Hermosa es la libertad cuando no sirve—ya lo dijo una gran patriota francesa—su nombre de escudo para ciertos crímenes, y en el caso presente, al par que dar libertades a la mujer, precisa restringir la impunidad de que el hombre goza para hacer el mal, con la completa convicción de que éste sería el mejor trabajo de profilaxis.

No puedo, claro está, deciros lo que cierto profesor de Filosofía a sus alumnos. «Señores—les decía—: lo que acabo

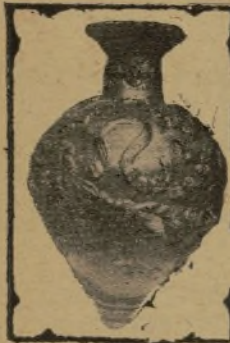
con agrado días pasados el plausible proyecto depurativo de raza que el señor ministro de la Gobernación, distinguido jefe del Ejército, piensa llevar a las Cortes; proyecto a cuyo pie hubieran hecho tanto honor a la lógica las firmas de los señores Francos Rodríguez, doctor Cortezo y conde de Gimeno, los cuales es de suponer que nos presentarán cualquier día algún buen plan de campaña...

En mi sueño, que espero ver realizado, abogo por la exclusiva autoridad de la madre en la educación del hijo, porque sé que una madre no tendría jamás las indulgencias que, por inconsciente solidaridad de sexo, llevan al padre a excusar y tolerar—quizá en agradecido recuerdo de lo que a él le toleraron—las faltas y vicios que tan graves consecuencias tienen en la salud de los jóvenes. Por muy bueno que sea un padre, no puede sentir la identificación de quien llevando largos meses en su seno una criatura, al extrañarse de ella y verla crecer y desarrollarse, sigue considerándola como parte integrante de su ser, como sus pies, como sus manos; más que nada, como su propio corazón.

Nunca he sido feminista... por demasiado orgullosa, que mal se aviene a suplicas quien cree tener derechos; pero... amante, como Genoveva o Juana de Arco, de mi patria, con hijos que han jurado en la bandera defenderla con su sangre, que es la mía, mi espíritu ciudadano me impele a romper la tradición del silencio femenino y pedir con insistencia un puesto al sol en mi España para las criaturas de ardiente fe y voluntad que, rememorando un pasado de gloria, sienten en el alma anhelos de prosperidad y bienandanza para su patria querida.

Quando alguna vez recorro este Madrid, tan característico, fiel retrato de sus habitantes en las alternativas de hidalguía y rusticidad, pueblo que nuestro buen Carlos III se esmeró en ornamentar, visito complacida el Museo del Prado, emporio de artísticas riquezas que nos dan fama mundial; contemplo después el suntuoso Banco de España, que de no existir financieros boletines indujera quizá a algún extranjero en exagerado error respecto de nuestra capacidad económica; admiro los magníficos edificios de Bancos y Sociedades, que si no hablan todos ellos de capital español, hablan por lo menos del floreciente desarrollo de nuestra industria y comercio; me detengo un instante ante el Palacio de Oriente, y pienso que el porvenir de España es una incógnita que tendrá que despejar alguna de las rubias cabecitas que ese palacio cobija, y a la que Dios quiera conceder el acierto necesario para resolver en su día esa cuadratura de círculo que en España se llama orden y gobierno; prosigo mi camino hasta rendir un tributo de admiración a las maravillas de arte moderno que San Francisco el Grande atesora; también San Antonio de la Florida, con sus admirables frescos, obliga mi atención y predispone el ánimo para llegar satisfecha a la célebre pradera del Corregidor, inmortalizada por Goya en sus manolas y chisperos; pradera de San Isidro, donde el pueblo de Madrid aprendió a querer a la más española y popular de sus Infantas. Ya de regreso, y habiendo atravesado nuestro típico aprendiz de río, saludo al pasar la estatua de Don Alvaro de Bazán y la torre de los Lujanes, y repitiendo con veneración los nombres de Lepanto y Pavía, mi alma, en una oleada de orgullo de raza, da gracias a la Providencia de haber nacido española. Pero, ¡ay!, como el caballo que en la batalla olfatea la pólvora, mi corazón, al aproximarse a la plaza de las Cortes, se siente presa de extraña inquietud, y apesadumbrada y ruborosa, presto me alejo de aquel lugar, no queriendo recordar, para no tener que deplorarlo, que en frente de la mezuquina estatua de quien tanta gloria proporcionó a España se alza el templo de las leyes, a cuyo interior no siempre penetran—debido quizá al espesor de sus muros—los effluvis de patriotismo que de esa estatua se desprenden. ¿Será cierto, como asegura Mesonero Romanos, que estas mismas piedras sirvieron de emplazamiento antiguamente a la iglesia del Espíritu Santo? ¿Cómo quedaron en su recinto tan escasos vestigios de la sabiduría de esta tercera persona de la Augusta Trinidad?»

MONTE-CRISTO



JOSÉ LAFITA, "EL SEVILLANO"

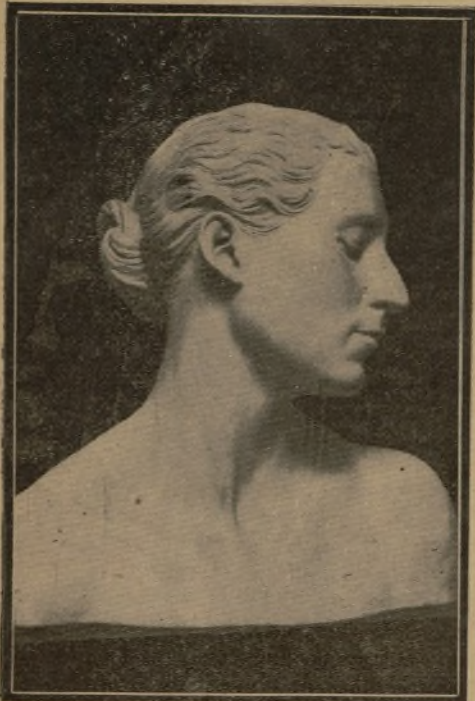


Ya no están en uso los apodos para los artistas, sin duda porque éstos no tienen su personalidad tan vigorosamente definida que un nombre regional baste para traer en seguida al espíritu, aun antes que la visión, el sabor de la obra.

El título de este artículo resulta, por lo tanto, a primera vista, forzado y arbitrario, ya que no se trata de un artista de épocas pretéritas, sino de un mozo de ahora que va creando su obra, destacando, cada vez con mayor relieve, su estilo, su manera de hacer, su escuela. Nosotros no podemos pensar en la obra de José Lafita sin añadir en seguida *el Sevillano*.

Porque es sevillano ante todo, por encima de todo, a pesar de todo. A pesar de cuanto separa a Sevilla de su carácter esencial; a pesar de la falsa Sevilla de las panderetas, de los turistas, de los señoritos degenerados de las tertulias; a pesar de la Sevilla de las exposiciones de feria o como para feria; a pesar de los pintores de ambiente sevillano y del monumento a la Concepción con que los enemigos de la belleza han querido destruir el ritmo, por lo visto demasiado aplastante, de una de las plazas más puras de Sevilla. Si José Lafita ha sabido, por instinto, con inquebrantable certidumbre y honrada y grandiosa fortaleza, desechando todos los ropajes ficticios, llegar hasta el corazón mismo de su tierra. Al final de esta aventura, hoy verdaderamente prodigiosa e inaudita, se encontró con Montañés, que había de guiarle a través de la intimidad de su apodo.

Puede decirse hoy que no existe escultor joven que no se crea obligado a seguir, como norma infalible de creación, los cánones arcaizantes de un Bourdelle o los cánones secesionistas de un Mestrovic. Que Mestrovic es el más grande escultor moderno y que Bourdelle es un muy grande escultor, nadie lo discute; pero si discutimos el que su imitación convenga a todos los escultores indistintamente, y, sobre todo, convenga, ni poco ni mucho, a los de sensibilidad española.



En este busto de su hermana Isabel, el artista revela una sensibilidad exquisita y una pureza de ejecución digna de los cinceles clásicos.

Felizmente iniciase ya en España, con Julio Antonio y Madariaga a la cabeza, el resurgimiento de una escuela nacional de escultura. Y José Lafita ha tenido

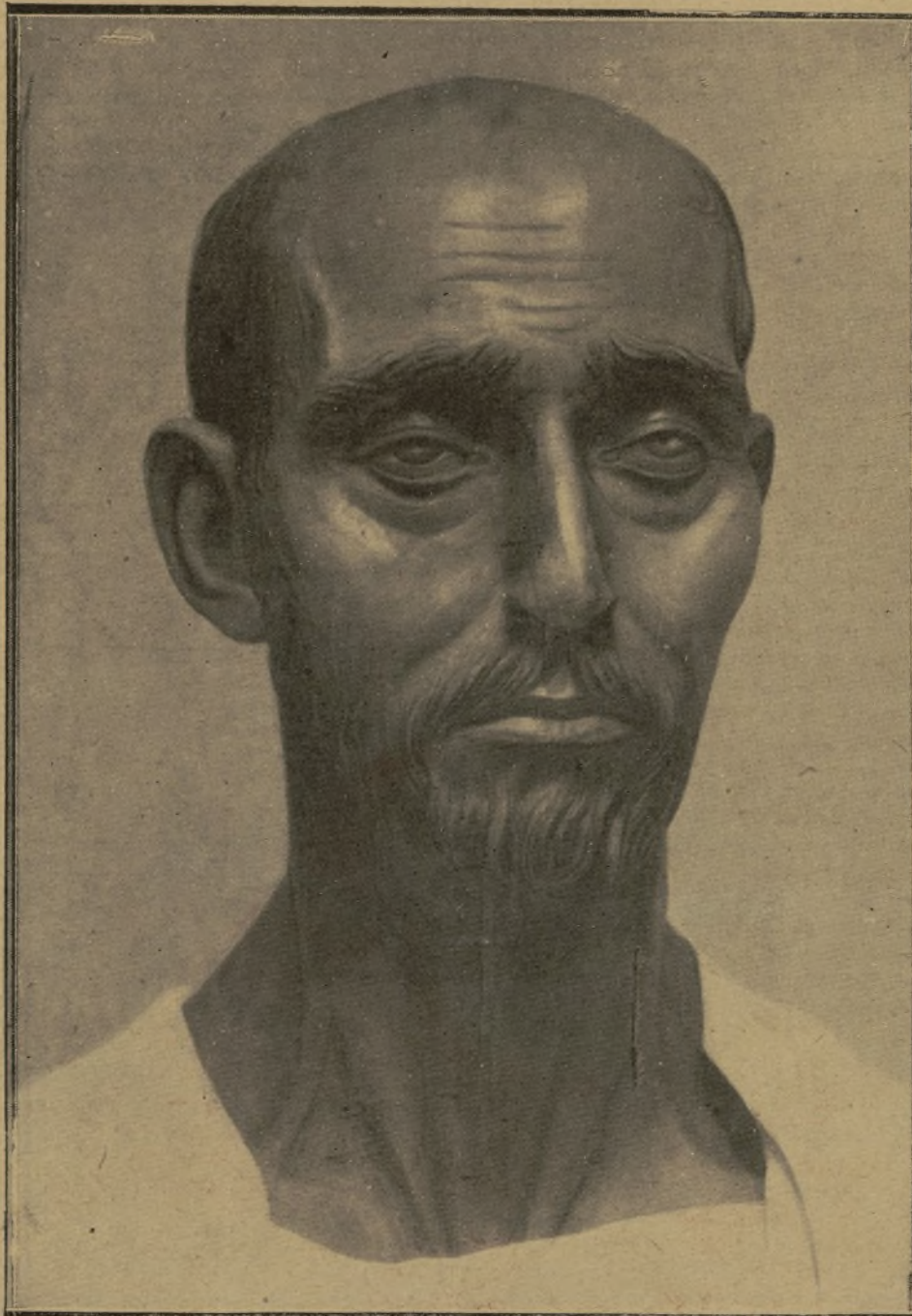
lleno de plantas, José Lafita, sin acordarse de la vida de fuera, trabaja, como los antiguos trabajadores de su tierra, «de sol a sol». No quiere saber nada de in-

paz de ligar una vida a su penitencia; tanto como un voto de pobreza o de castidad. Y así ha producido, junto a ese busto cuyo espíritu parece cuajado en un sayal, ese otro busto de su hermana, tan lleno de ternura y de emoción hacia la jovencita muerta; tan repleto de serenidad inefable, que podría también, sin herejía, con toda devoción, estar sobre un altar, como esas vírgenes de su tierra, que son, antes que madres de un Dios, mocitas sevillanas. Y así podría llamarse místico a José Lafita, *el Sevillano*; místico, pero del admirable misticismo de los grandes escultores de Sevilla, que sostenían los arrebatos de su espíritu y las exaltaciones de su apasionamiento con el armazón inmovible de su oficio sólido, estricto y sabio.

Y últimamente, por fin, José Lafita, como un verdadero «obrero de arte», se ha puesto, junto con un discípulo suyo llamado Cluny—discípulo no a la manera académica, claro está, sino tomando la palabra por lo que encierra *renacentísticamente* de convivencia y comunidad de afinidades—, a crear grandes piezas de cerámica; y en ese terrible ambiente de hoy, que industrializa todas las tradiciones, van creando los dos sus tiores como se creaban antiguamente, dándoles ellos mismos la forma a mano en su torno, modelando trozo por trozo sus ornamentaciones, vidriándolos y bañándolos en los tonos por ellos fabricados. Y en nuestro ambiente ruin e ignorante de «nuevos ricos» y mobiliarios para palaces y restaurantes de un refinadísimo mal gusto, el dedicar toda la exaltación de un arte a simples cacharros es tal vez el gesto más quijotesco y altivo, el que más despreciativamente se aparta de la muchedumbre, para volverse hacia una rara selección.

La obra de José Lafita comprende aún muy pocas producciones; pero por algunas de éstas deja ya de ser una promesa y aparece como una afirmación. Y podemos con toda confianza esperar las creaciones que lentamente irá *trabajando*.

Margarita NELKEN



Cabeza de San Ignacio de Loyola, en barró policromado, escultura en la que el autor recuerda el vigor y la justeza del glorioso Juio Antonio.

el valor de querer ser él mismo y de volver resueltamente la espalda, desde un principio, a unas manifestaciones que, si bien habian de atraerle esa boga dada por críticos superficiales a cuanto consideran *moderno*, había de apartarle a la vez de las únicas fuentes capaces de aumentar la verdad de su realización. Que la fuerza solamente aparente, la fuerza calcada en inspiraciones ajenas y exóticas — contradictorias a menudo —, había de ser muy poco, a pesar de los éxitos de exposición que pudiera traer, para quien sueña con renovar personalmente una fuerza atávica e inmutable. De tener un maestro, José Lafita, *el Sevillano*, no podía tener mas que al autor de esa quintaesencia de Sevilla, venerada con el nombre del «Cristo del Gran Poder».

En ese rincón sevillano por excelencia que se llama el Patio de Banderas, en el fondo de un corredor que le aísla por completo de las contingencias exteriores, en un pequeño estudio iluminado por una puerta de cristales, que da a un patio

venciones que repugnan a su temperamento; pero de la verdad de su obra quiere saberlo todo. E incansablemente, analiza y diseña al modelo, a fin de que éste sea, cada día más aguda y más profundamente, una posibilidad de realización. ¡Ay de las genialidades por miedo al trabajo, al oficio duro y paciente!

¿Acaso para ser genial hay que ser ignorante? ¿Pierdes por ventura la sensibilidad al ahondar en sí misma? Genialidades que sólo son facilidades, bien poca, bien triste cosa son; pero todos sabemos que Mestrovic no ha dado la brutalidad instintiva de sus formas sino después de haber estudiado—durante muchos años—cómo habían de establecerse, razonablemente, las simplificaciones.

José Lafita, sin prisas para exposiciones, sin cuidado de alabanzas ni de recompensas, trabaja su oficio con amor.

Así ha creado el «San Ignacio», la única cabeza de *santo* producida por el arte moderno, la única obra religiosa que respira por todos sus poros devoción. ¡Devoción mística del artista que ha hecho voto de arte rígido y honrado, voto ca-



La encantadora ingenuidad de la «girl» londinense (hija del ilustre John Walter), está admirablemente reflejada en este busto.

LA PIEDRA DE LA DICHA



Al morir, el viejo Matías llamó a sus tres hijos, José, Jacobo y Juan, y les dijo:

—Soy muy pobre, y seguramente no esperaréis más herencia de mí que la misera choza en que vivimos y sus cuatros trastos. Y, sin embargo, os voy a hacer a cada uno un regalo magnífico: he aquí tres bolitas de cristal; idos a recorrer el mundo, llevando cada uno una de las bolitas en la mano. Si alguna de ellas llega a caerse al suelo por casualidad, cavad la tierra en ese sitio y hallaréis un tesoro.

Dicho esto, murió. Sus hijos, después de llorar su muerte como hijos amantísimos, se fueron por el mundo juntos, cada cual con su bolita de cristal en la mano.

No bien habían andado unas cuantas leguas, cuando la bolita de José se le escapó de las manos.

—¡Ya encontré el tesoro!—exclamó el joven, lleno de júbilo.

Se apresuraron a cavar la tierra, y, ¡oh maravilla!, hallaron, en efecto, un talego lleno de monedas de plata. Pasado el primer momento de alegría, y como eran buenos y cariñosos hermanos, resolvieron vivir juntos y juntos disfrutar del tesoro, sin discusiones ni envidias.

Pero transcurridos unos cuantos meses, Jacobo y Juan empezaron a discutir en esta forma: «Si la bolita de cristal de José le ha dado un tesoro, según anunció nuestro padre, lo mismo han de hacer también las nuestras. ¿Hemos de guardar inutilizados estos talismanes y abusar de la generosidad de nuestro hermano, disfrutando del tesoro que justamente le pertenece a él?»

Y, después de abrazar cariñosamente al hermano mayor, Jacobo y Juan prosiguieron la vuelta al mundo.

Pasó bastante tiempo sin que ocurriera nada extraordinario, cuando un día la bolita de cristal de Jacobo se le cayó al suelo. A toda prisa cavaron la tierra, y con indescriptible alegría hallaron un inmenso cofre, que rebosaba monedas de oro.

Jacobo y Juan compraron una casa, en la que se instalaron, resueltos a vivir juntos en buena armonía. Pero no bien transcurrieron algunas semanas, Juan se hizo el siguiente razonamiento: «Si José ha encontrado plata y Jacobo ha encontrado oro, ¿qué no encontraré yo?»

Entonces se despidió de su hermano y partió solo. Anduvo días y días, meses y

meses, hasta llegar a un desierto árido e inmenso, en el que no crecía ni un mal yerbajo. Extenuado y desesperado, se arrepentía amargamente de no haberse quedando con Jacobo, tanto más cuanto que empezaba a descorazonarse. De pronto, la bolita de cristal cayó al suelo. Juan no perdió tiempo y se puso a cavar, trémulo de impaciencia y de curiosidad. Estuvo cavando sin novedad durante no sé cuántas horas. Al fin su pico tropezó con un objeto duro; era una piedrecita azul, cubierta de polvo. En el hoyo no había apariencia de tesoro alguno.

—¡Vaya una cosa!—pensó el pobre Juan, contemplando tristemente su miserable hallazgo.

Y maquinalmente soplo sobre la piedra para quitarle el polvo.

¡Crac! ¡Pum! ¡Catapúm! Con una detonación más estruendosa que el ruido de los truenos y una chispa más deslumbrante que el fulgor de un relámpago, un enorme gigante, vestido de fuego, apareció a los asustados ojos de Juan.

—Soy el Genio de la Felicidad—dijo el gigante—y el esclavo de quien tiene en su mano la piedra de la Dicha y me llama soplando sobre ella. Ordena y manda, yo te obedeceré.

—Pues bien—dijo Juan algo repuesto

ra (y es que se acostumbra uno muy pronto a mandar, aunque sea a un gigante)—quiero una fortuna colosal.

«Colorín, colorido, tú serás obedecido.»

Y el Genio le entregó una bolsa de oro inagotable.

—Ahora—declaró Juan—puedes retirarte. Ya te llamaré cuando te necesite.

Entró en la ciudad y se compró un palacio magnífico, ricos trajes y numerosas alhajas. Luego vivió en gran señor, gastando miles y miles, sin que su bolsa mágica dejase nunca de estar llena de oro.

Un día recorrió las calles de la ciudad un heraldito, que voceaba a son de trompa:

—¡Ocultaos, ciudadanos! ¡Cerrar vuestras casas! ¡La princesa Laureana va a pasar!

Porque la princesa era hasta tal punto orgullosa, que tenía dada la orden terminante de que nadie la pudiese ver.

Pero Juan era sumamente curioso; practico en su puerta un agujero, y así pudo contemplar el regio desfile. Y cuando vió la belleza de Laureana, sus negros cabellos, que parecían de azabache; sus dientes de perlas y su porte realmente imperial; en una palabra, cuando

esta noche me traigas aquí a la princesa Laureana, a quien quiero obsequiar con una fiesta digna de su belleza y de su rango.

«Colorín, colorido, tú serás obedecido.»

dijo el gigante, inclinándose y desapareciendo al punto.

A la noche, de pronto, el palacio de Juan se iluminó «a giorno»; en el comedor, la mesa se cubrió de manjares sabrosos, fiambres en escarlata, dulces, turrones, ostras y «champagne». En el salón aparecieron veinte músicos, que tocaban, quién el violín, quién la flauta, quién el harpa o la pianola; en el cuarto tocador, el baño se llenó de agua delicadamente perfumada, y en la alcoba apareció un traje deslumbrante de bordados y de galones de oro y seda.

A las doce en punto todo estaba dispuesto, y Juan, más hermoso que un astro y más elegante que un bajá oriental, esperaba a su amada. Las puertas se abrieron, y precedida por un ejército de criados que llevaban antorchas, la princesa entró, más muerta que viva del susto y la sorpresa, llevada por el gigante.

Ante tal iluminación, al olfatear tantas golosinas y al hallarse en presencia de tan gallardo dueño de casa, los temores de Laureana se desvanecieron. Se sentó a la mesa y comió con buen apetito al son de la música, mientras que bailarinas y juglares ofrecían a los comensales un espectáculo precioso.

Al amanecer, un paje entró y, arrodillándose ante la princesa, le presentó una bandeja de oro, cubierta por un mantelillo de tisú; debajo había una sortija con una esmeralda del tamaño de una nuez. Su Alteza, encantada, aceptó el obsequio; luego, el gigante la cogió en brazos y la reintegró al palacio de su papá.

¡Buena se armó al día siguiente en el palacio real cuando la princesa contó su aventura! Al pronto creyeron que estaba loca, tanto más cuanto que no sabía indicar la casa maravillosa adonde había ido por el aire, en brazos de un gigante, volviendo luego de la misma manera. Pero la sortija de esmeralda era una prueba evidente de su relato, y el rey se moría de curiosidad por conocer a aquel súbdito misterioso, tan espléndido y tan rico.

Entonces, el primer ministro aconsejó a la princesa que si el rapto se reproducía no dejara de señalar con una cruz de yeso la puerta de la casa fantástica.

Y, en efecto, cuando el gigante volvió por ella, Laureana trazó una cruz de yeso sobre la puerta del palacio de Juan. La fiesta resultó todavía más brillante, la cena más exquisita, las diversiones más variadas que la primera noche; al amanecer, la princesa fué obsequiada con un collar de perlas del tamaño de avellanas.

Pero Juan había advertido el gesto de su invitada y se apresuró a ordenar al Genio que trazase una cruz de yeso idéntica en todas las puertas de todas las casas de la capital. Y al día siguiente, el desconcierto fué todavía mayor en el palacio del rey. El monarca estaba más empeñado que nunca en conocer el nombre de aquel magnate que raptaba y agasajaba a su hija, sin querer darse a conocer.

El primer ministro, que decididamente se revelaba como hombre de recursos, aconsejó entonces a la princesa que durante la cena le cortase a su huésped un mechón de pelo.

Así lo hizo Laureana, pues ni que decir tiene que aquella noche, por tercera vez,



del susto—; por de pronto sácame de este horrible lugar.

«Colorín, colorido, tú serás obedecido.»

dijo el gigante.

Cogió a su amo en brazos, cruzó los aires con vertiginosa rapidez y a los tres segundos le depositó ante las puertas de piedra de una hermosa ciudad.

—Ahora—dijo Juan con bastante soltu-

vió a la princesa, blandamente recostada sobre los mullidos cojines de raso de su palanquín de madera de sándalo, se sintió completa e irremisiblemente flechado por el amor.

Se retiró a sus habitaciones, cogió la piedra azul y soplo.

¡Crac! ¡Pum! ¡Catapúm! El Genio de la Felicidad se le apareció, gigantesco y respetuoso.

—Esclavo—le dijo Juan—, deseo que

el gigante la llevó al palacio de su amo. Y al retirarse, Su Alteza se llevó, a más de una soberbia diadema cuajada de brillantes, un mechón de pelo del joven.

Al otro día un heraldó recorrió la ciudad voceando que el rey concedía la mano de la princesa a aquel a quien perteneciese el mechón cortado. Al oír aquello, Juan sopló sobre la piedra y ordenó al Genio:

—Prepárame en el acto un cortejo digno de mí, pues voy a ir a pedir a Su Majestad la mano de la princesa.

A los cinco minutos, Juan, deslumbradoramente ataviado, montando un brioso corcel, enjaezado con pedrerías, con silla de brocado, estribos de platino y riendas de piel de Rusia, y seguido por una escolta de soldados, damas de honor, carrozas de gala, etc., etc., se puso en camino, entre las aclamaciones de un inmenso gentío, al que su séquito arrojava incesantemente puñados de oro.

El rey le recibió con todos los honores, y para festejar el noviazgo se sirvió en el palacio real una comida íntima, durante la cual Juan hizo el relato de sus aventuras y explicó la causa de su extraordinaria fortuna.

El primer ministro era un hombre ambicioso y un malvado. Pidió la piedra azul, con pretexto de examinarla con curiosidad, y rápidamente sopló sobre ella.

¡Crac! ¡Pum! ¡Catapúm! Con estruendo de trueno y fulgor de relámpago, el Genio de la Felicidad apareció y se inclinó ante su nuevo amo.

—Soy el esclavo de quien tiene en su mano la piedra de la Dicha. Ordena y manda.

—Llévate en el acto al rey y a Juan al otro extremo del mundo—se apresuró a decir el primer ministro.

«Colorín, colorido,
tú serás obedecido.»

Al punto el gigante cogió al rey en una mano, a Juan en la otra, y antes de que nadie tuviera tiempo de protestar, desapareció con su doble carga.

—Ahora, bella Laureana—dijo el ministro a la princesa, que lloraba a lágrima viva—, no te apures. Yo seré rey; tú te casarás conmigo y serás reina, y asunto concluido.

El ministro era viejo, calvo y tripudo. En otro caso la princesa se hubiera reído de él. Pero el momento era grave y la dama lista.

—Acepto—dijo—, con la condición de que no volverás a llamar nunca a ese horrible gigante que hace tanto ruido.

—Te lo prometo—dijo el otro, encantado.

—Es que no creo en tus promesas. Has de dejar la piedra azul sobre esa chimenea.

El ministro accedió, y la princesa fingió tenderle la mano en señal de reconciliación; pero cuando el viejo carcamal se disponía a cogérsela, Laureana dió un salto de gacela, se apoderó de la piedra y sopló sobre ella.

¡Crac! ¡Pum! ¡Catapúm!

—Apoderate de este hombre—gritó la princesa al gigante aparecido—; llévale adonde están mi padre y mi novio, y tráetelos en su lugar.

Antes de que el primer ministro volviese de su asombro, se hallaba en el otro extremo del mundo, mientras que la princesa caía en brazos de su padre y daba su mano a besar a su prometido.

La boda se celebró con una magnificencia jamás vista, pues a ello contribuyó el Genio de la Felicidad. El rey murió al poco tiempo, y Juan subió al trono en su lugar y gobernó con gran sabiduría y generosidad.

Un día vió llegar a palacio a dos pobres harapientos, que querían verle; eran sus hermanos José y Jacobo. El primero había perdido todas sus monedas de plata en el juego, y el segundo había

derrochado sus monedas de oro en toda clase de gastos inconsiderados.

Juan los nombró ministros y padrinos de sus hijos, y todos juntos vivieron dichosísimos durante una barbaridad de años.

Y es que es muy agradable poseer un tesoro de plata, y es más agradable to-

davía poseer un tesoro de oro; pero no cabe la menor duda de que no hay nada que iguale el encontrar la piedra de la Dicha y tener por esclavo el Genio de la Felicidad.

EL GATO CON BOTAS

(Adaptado de Howard Pyle.)

Dibujos de BARTOLOZZI.

Impresiones de un lector

Al margen de una monografía sobre D. Bartolomé José Gallardo, por Juan Marqués Merchán

ENCUENTRO en este libro, por de pronto, un capítulo muy personal sobre el romanticismo. Me sorprende en mitad de una página esta afirmación, referente a Gallardo: «Acertía a ser romántico a la manera clásica». He aquí, pues, acoplados al fin esos dos conceptos aparentemente contrarios: clásico, romántico... Me sabe mal citarme a mí mismo. Pero acaso mis lectores recuerden que otra vez he tratado en estas columnas esa interesante cuestión, a propósito de Chénier. El romanticismo, decía, fué en uno de sus aspectos la íntegra percepción del sentido clásico, reaccionando contra su desvirtuación neoclásica. Ahora el autor de esa interesante monografía sobre Gallardo emite unos juicios que confirman mi opinión, concretándose al romanticismo español: «El romanticismo español—dice—, no fué en sustancia otra cosa que la vuelta a los clásicos y sus obras, acomodadas a las costumbres y adelantos de la época; al paso que en Francia significó una innovación completa».

Realmente, en España la herencia clásica o grecolatina y la romántica o medieval acertaron a fundirse perfectamente. Nada lo prueba mejor que el apogeo del teatro. Es muy corriente la expresión de «teatro clásico» aplicada al esplendor de nuestra dramática. Con todo, ella es la nueva plasmación del tesoro literario florecido en el Romancero, el cual ya lo recibió de los cantares de gesta y de las crónicas.

Claro está que en el propio teatro español confluye el caudal copiosísimo de los temas clásicos, restaurados en su soberanía por el Renacimiento; pero el predominio de la tradición caballeresca y romancesca da la norma espiritual de esa dramática, y sus numerosas alusiones mitológicas nos parecen continuaciones de las que vemos ya en los poemas de clerecía. Podría decirse que nuestros dramáticos del siglo de oro continuaron siendo juglares y clérigos en una pieza, al modo de Juan Ruiz. Compárese la imposibilidad de aclimatación de la tragedia en nuestra literatura (a pesar de tantos esfuerzos) con la sorprendente intuición de la tonalidad clásica en Shakespeare, que fué al mismo tiempo tan romántico. Si me preguntan quién es el mejor trágico español (entiéndase bien el valor de origen que doy a la categoría de trágico, no olvidando que nuestros dramas fueron llamados, en general, comedias), contestaré sin vacilar: Corneille. ¿Por qué? Porque la influencia española comunicó a sus héroes el espíritu romancesco, compensando su retoricismo neoclásico. Eso le distingue profundamente de Racine.

En una nota de su libro, nos da el señor Marqués Merchán una clasificación sinóptica del romanticismo español. Para mí el romanticismo tiene dos formas capitales: la literaria y la social; la primera es el retorno a los temas medievales y la apelación al clasicismo original; la segunda es la protesta revolucionaria y el ensueño del porvenir. No sería difícil clasificar a los románticos

españoles de acuerdo con esa dualidad general.

Opone nuestro autor el romanticismo extranjero (por su origen) del duque de Rivas y Martínez de la Rosa al *romanticismo clásico español* de Gallardo. Pero Gallardo pertenece también, con tan legítima filiación, al romanticismo de la inquietud y de la protesta. Véase la propia cita que aporta el libro que comentamos en su página 197.

Voy a aventurar una opinión, para colocar justamente a D. Bartolomé José Gallardo en nuestra genealogía literaria. Como fuerte disconformista, Gallardo está situado cronológicamente entre dos temperamentos superiores a él, sobre todo el último, que sirven de vivo contraste para caracterizarle: Marchena y Larra. Está, pues, entre dos afrancesados; él, que a pesar de su fidelidad en los días de la invasión napoleónica, estuvo a punto de ser víctima de la brutalidad de las turbas patrióticas, como lo fueron tantos otros. Pero, con todo, fué un afrancesado, un afrancesado espiritual, como las propias Cortes de Cádiz. Su carácter es hijo de un maridaje de casticismo español y Enciclopedia. ¿No lo fué también Marchena? «El mismo tirano que nos intenta embrutecer y subyugar promueve entre nosotros el progreso de la civilización y de las luces», dice en uno de sus primeros folletos.

Todo el virus polemístico de Gallardo es, a su modo, una herencia inquisitorial. La vieja intolerancia española ha introducido el doloroso error de convertir en batalla entre el bien y el mal las meras diferencias de opinión; así se pasa inadvertidamente de una cuestión intelectual a una cuestión ética, y se encuentra sordamente lo que debió ser apacible diálogo platónico...

Salvando la gran distancia que separa su categoría literaria de la de Figaro, puede decirse que entre Gallardo y Larra media la diferencia que va de la invectiva satírica a la ironía desolada y trascendental. No puedo aceptar la adaptación que el Sr. Marqués Merchán establece entre el *humour* inglés y el temperamento sarcástico español, tan propicio a caer en la procacidad. En cambio, es cierta nuestra ineptitud nativa para la ironía, a pesar del ejemplo personalísimo del Quijote. Así queda perfectamente caracterizada la sátira de Gallardo en estas líneas de nuestro autor: «Su sarcasmo es espontáneo, violento, pasional, y sobre todo profundamente español, típico, genuino, característico de nuestra raza. Gallardo es incapaz de ironía; o su cerebro está por bajo de ella o por encima su tumultuoso corazón. Gallardo insulta, y este trágico sarcasmo inevitable flota a través de toda su obra».

En una nota afirma también nuestro autor, con frase gráfica: «Tal vez le cuadren mejor los calificativos de cínico y romántico, o romántico cínico». Lo dice como corrección a los que antes le dió de *Quijote literario y revolucionario idealista*, orientado hacia la fraternidad universal. Pero yo no creo que lo uno

excluya lo otro, y me parece muy bien aquella restitución de la palabra *cínico* a su sentido originario y noble. Los cínicos, en la sociedad ateniense, fueron, a su modo, unos románticos, o si se quiere, unos *bohémios*. De su estirpe nacieron los estoicos, como los epicúreos nacieron de los cirenaicos. Gallardo nos recuerda vagamente al imaginario Jerónimo Coignard, aunque éste parezca reunir en su persona reverenda los vagos conjuntos de un cínico y un epicúreo.

Lo más noble de Gallardo fué su jardín interior, que cultivó en la más absoluta y confortadora soledad espiritual. También, como Larra, su principal ejecutoria está en las indignaciones e invectivas de su monólogo, ese monólogo que para nosotros no ha terminado todavía. Algunas de sus frases llevan el cuño castizo, como buenos doblones quedescos: «En España siempre se ha llamado razón de Estado a las cosas que no son de razón ni de Estado, sino conveniencia propia.» Pero otros metaforismos muestran ya el reflejo de las nuevas antorchas; así cuando, a pesar de su visión de una España tropezando en su camino, «con los ojos vendados y la cadena al pie», cree que la nación no ha perdido todavía su sensibilidad y «está muy lejos de aquel letargo mortal de los pueblos esclavos que, revolviéndose en el lecho del dolor, hacen almohadas de sus propias cadenas». ¿Lo creería hoy todavía?

«Un Gobierno representativo, sin la responsabilidad ministerial—dice luego—, es el más absoluto y tiránico de los Gobiernos.»

Y nosotros, al leerle, no podemos evitar el angustioso comentario: Nada como esas resonancias de voz de la España de ayer para juzgar el abrumador silencio de la España de hoy...

Gabriel ALOMAR

*

LIBROS RECIENTES

Bonaparte, académico. Estudio hecho y bien documentado por G. Lacourt-Gayet. Entre los muchos libros, monografías y folletos publicados con ocasión del centenario de Napoleón, considerando al gran Emperador en todos los aspectos y fases de su vida, sobresale especialmente la obra del distinguido miembro del Instituto, M. G. Lacourt-Gayet, distinguiéndose por tratar en el libro del mérito, historia y trabajos de Bonaparte como hombre de ciencia y académico. (Gauthier-Villars, impresores y editores. París 1922.)

x

Les Marges, tomo XXIII de esta revista. Contiene este número «Les aforismes de Brillat-Savarin», y trabajos originales de Fagus, Alfred Jarry, G. Apollinaire, Jean Saltas y otros escritores. París, 1922.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Las novelas de la antigüedad	Pesetas.
JEAN BERTHEROY, <i>Sybaris</i>	3.50
MAURICE MAREIL, <i>Mytilena</i>	3.50
CH. CHABAULT, <i>El triunfo de Afrodita</i>	3.50
Colección selecta	
TOMAS DE QUINCEY, <i>Los últimos días de Kant</i>	1
KALIDASA, <i>El reconocimiento de Sakuntala</i>	1
ROUSSEAU, <i>Discurso sobre las artes y las ciencias</i>	1
LUCIANO, <i>La diosa de Siria</i>	1
STERNE, <i>Viaje sentimental</i>	1
MAQUIAVELO, <i>Obras festivas</i>	3.50
Celebridades españolas	
I. BECQUER.—II. ZORRILLA.—	
III. ESPRONCEDA (en tela),	
cada uno.....	3.50
De venta: Librerías, estaciones y, contra reembolso, Yagües, Caballero de Gracia, 27	



Carlos Coppel

FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL, 27-MADRID

ÚNICO DEPÓSITO EN
 ESPAÑA DE LOS
 RELOJES DE PRECISIÓN
 —M.Z.A.—

HELIOZ

LÁMPARA NITRA
A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.

Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
 Plaza de las Cortes, 2.

ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas		Envíos
a plazos		a
con		provincias
precios		aparatos
de		con
contado.		cocina
		o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
 UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE
EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID

CALLOS



No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista de la fachada del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO,

— D. Manuel del Valle Díaz. —

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA.**
SAN BERNARDO, 1.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Medias seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es
LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO, 12**
TELÉFONO M 17-85

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie
Les Petits Suisses
Fernando VI, 17



ESMALTE ORO “EL SOL”
para dorar cuadros, espejos y retratos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados. — Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal. — Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20. — MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MAN-TONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking. — **CALATRAVA, 9.**

NUEVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39. — TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)